



El Ave del Sol

Cuentan que hace muchos, pero muchos años, vivía en un pueblito colorido de los Andes una niña muy bella, de largas trenzas negras y ojos como una noche luminosa.

Desde su nacimiento, todo el pueblo vivió bajo el especial encanto de la niña, a la que llamaron Urpi, que en quechua significa “paloma”. Pronto, la fama de su belleza se extendió por los pueblos vecinos, aun por los más lejanos, y llegó al Cusco, la capital imperial. Su sonrisa, decían, alegraba los días y las noches de quienes la veían.

—Cuando cumpla 15 años deberán traerla a la corte —ordenó el Consejero Mayor del Inca, enterado de su existencia. Quizás, pensó, aquella pequeña cambiaría el aire melancólico que giraba en los pasillos y habitaciones del palacio y penetraba hasta por los resquicios de las piedras, desde que la Coya, la reina, falleció al nacer el príncipe heredero.

Y Urpi fue cuidada desde entonces como la más exquisita flor del Imperio. Al llegar el tiempo previsto, las cumbres y los valles se abrieron para que pasara el cortejo que la llevaría a su destino. Al concluir el primer día de camino, la nostalgia de su hogar, de las riberas de sus ríos y riachuelos, de sus campos dorados por la andina flor de la retama, volvió a Urpi silenciosa y mustia.



Nunca más, pensó, nunca más caminaré sobre los campos de este mi hogar. ¡Ay de mí!, nunca más cantaré con mis hermanos al Inti, el Sol esplendoroso que endulza nuestras ocas, ni danzaremos juntos en la fiesta de nuestra Mamapacha, nuestra madre tierra.

Esa madrugada, antes de que los miembros del cortejo despertaran para reemprender el viaje hacia el centro del mundo, hacia el Cusco, Urpi se levantó y silenciosamente se acercó al borde del abismo, para ver desde allí por última vez su hogar en la distancia.

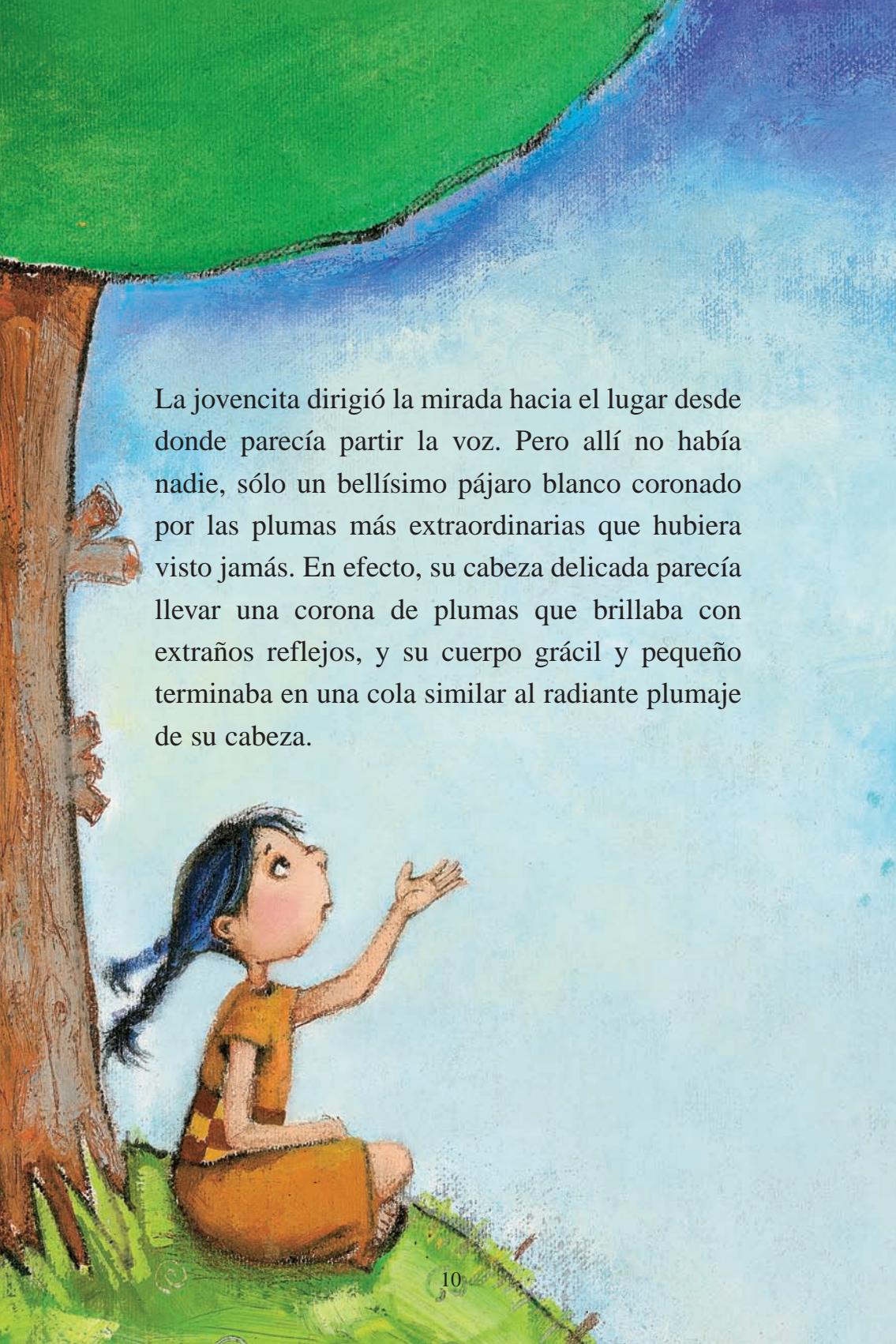
Sentada bajo un árbol de molle, esperó que los primeros rayos de sol inundaran el mundo.

—¡Qué hermoso! —suspiró—. Cuando te vea, Inti, recordaré esta mañana y esta vista de mi pueblo, bañado con tu luz de mil promesas. Pero ya no estaré aquí, ¡ay de mí!

—Levanta el corazón, pequeña, que no hay motivo de tristezas... —dijo una voz.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —se sobresaltó Urpi.

—Soy tu sueño más amado, lo que más deseas —contestó la voz.



La jovencita dirigió la mirada hacia el lugar desde donde parecía partir la voz. Pero allí no había nadie, sólo un bellissimo pájaro blanco coronado por las plumas más extraordinarias que hubiera visto jamás. En efecto, su cabeza delicada parecía llevar una corona de plumas que brillaba con extraños reflejos, y su cuerpo grácil y pequeño terminaba en una cola similar al radiante plumaje de su cabeza.